



temas de hoy

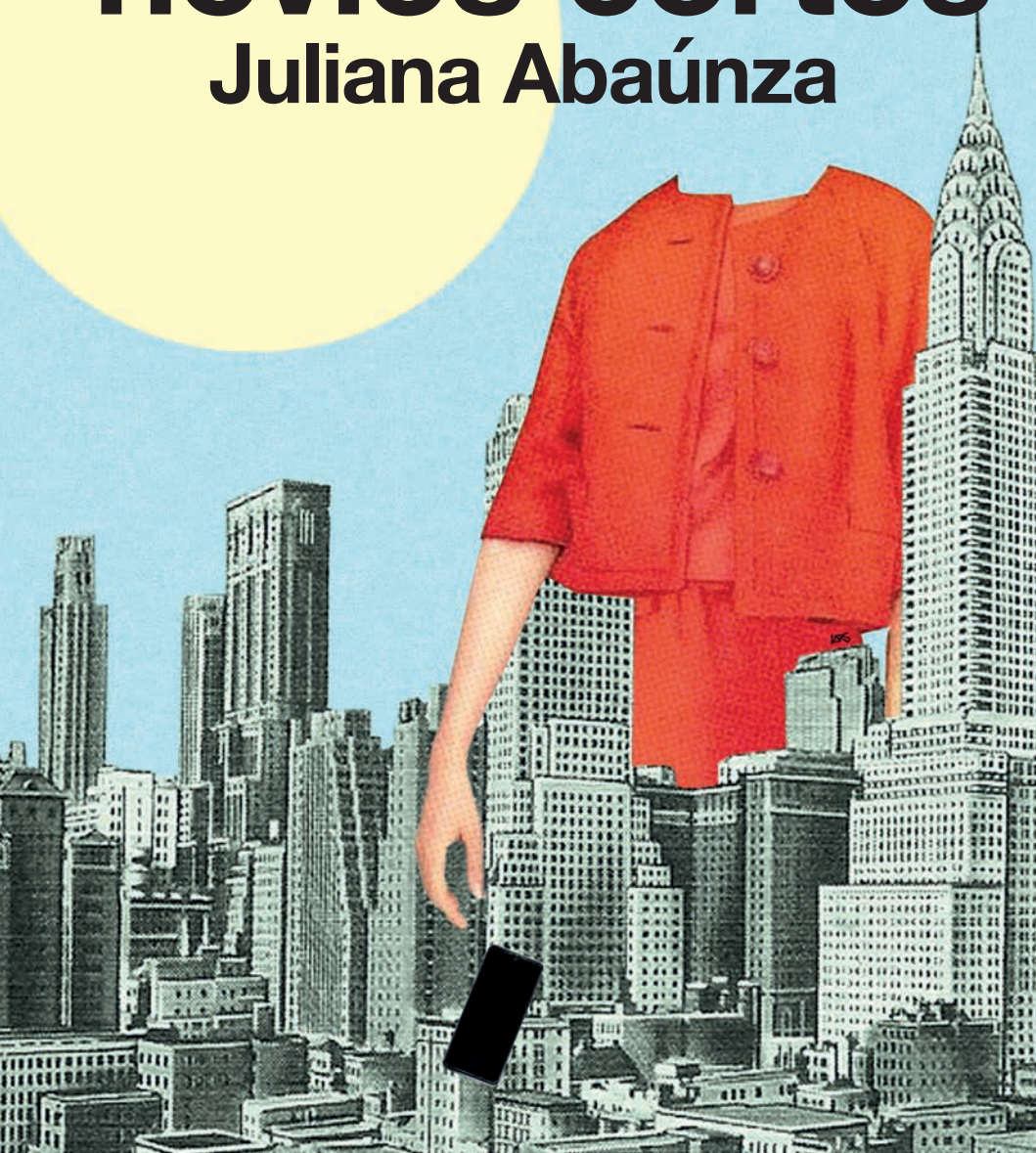
Narrativa

364 g

54 743 palabras

Series largas, novios cortos

Juliana Abaúnza



JULIANA ABAÚNZA
SERIES LARGAS, NOVIOS CORTOS

© Juliana Abaúnza, 2021
Edición a cargo de Sara Fernández

De la primera edición:
Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021

De esta edición:
© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2022
ISBN: 978-84-9998-886-3
Depósito legal: B. 72-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Diario de una escritora que no escribe	9
Fue lindo mientras duró	41
Miranda ascendente Carrie	83
<i>Hybrid moments</i>	121
Juntas	145
Podría destruirte	171
<i>Agradecimientos</i>	227
<i>Biografía</i>	229

DIARIO DE UNA ESCRITORA QUE NO ESCRIBE

¿Cuántas van? Una. Dos. Tres. Van tres semanas en las que no he podido escribir una línea. No sé si es irónico o simplemente ridículo tener bloqueo de escritora cuando intento escribir un texto sobre tener bloqueo de escritora. Lo hablé con mi psicóloga y le dije que estaba preocupada porque sentía que estaba volviendo a los patrones de auto-sabotaje que gobernaron mi vida creativa durante años. En estas tres semanas he estado cada día más desganaada, más cansada y más desconcentrada. Ya le he incumplido a mi editora dos veces con la fecha de entrega de este texto. Siento culpa y vergüenza. Pensé que ya había dejado de ser esa persona, esa muchachita que se cree escritora pero que en realidad no escribe. «¿Por qué cuando estoy tan cerca de terminar el libro y de tener al menos un logro en esta puerca vida», le pregunté a mi psicóloga, «tengo que ser como el muñequito del meme y ponerme a mí misma el palo en la rueda de la bicicleta?»

Mientras lloraba, mi psicóloga me hizo preguntas y con las respuestas a esas preguntas me hizo caer en cuenta de que esta vez no es autosabotaje y que la razón por la que no he podido escribir es porque ha sido un mes difícil y estoy triste. «¿Triste? Solo estoy desconcentrada y ansiosa, no es como que esté llorando todas las noches», refuté, y ella me respondió que la tristeza no son solo lágrimas.

Tengo una costumbre que estoy intentando dejar atrás: minimizo lo mal que me siento porque siempre siento que no es para tanto. Vi a mi papá llorar todos los días durante el mes que mi tío estuvo hospitalizado en la UCI y después el llanto siguió cuando murió, pero en mi negación pensé que no era razón para estar triste; el que podía estar triste era mi papá, él sí tenía derecho porque era su hermano. Yo, que lo quería pero era solo una sobrina a la que veía en Navidad, no tenía derecho a no estar bien. Aunque no quiero estar triste y me cuesta estarlo sin pensar que estoy siendo más dramática de lo que la situación amerita, sí estoy triste. No puedo escribir porque estoy triste. En definitiva, no soy una de esas escritoras que crean cosas hermosas cuando están deprimidas (hey, Sylvia Plath, Virginia Woolf, Alejandra Pizarnik, les tengo una preguntita: ¿cómo carajo hacían para escribir en medio de la tristeza?). Entonces decidí que para pasar los días repetiré *Girls* y releeré el diario que tengo desde hace años, a ver si el encuentro con dos mujeres que representan lo que no quiero ser ahorita (Hannah Horvath y mi yo del pasado) me motiva a levantarme y escribir al menos una frase.

Enero 10 de 2014

Aunque éramos tres personas, el mesero nos sentó en una mesa rectangular con seis sillas: dos en un lado, dos en el otro, una en cada extremo. Mis papás se sentaron en las dos sillas de un lado y yo frente a ellos, junto a una silla vacía. Procesé esa configuración como desequilibrada y le pedí a mi mamá que se sentara en una de las sillas del extremo, con mi papá a su derecha y yo a su izquierda. Tal vez no quedamos equilibrados porque la otra mitad de la mesa tenía tres sillas vacías y si hubiéramos estado flotando en el mar nos habríamos hundido, pero al menos había simetría.

Desde chiquita he necesitado simetría. Uno de mis recuerdos más intensos de la infancia es de una silla metálica en la casa de mis abuelos. Aunque tenía cojines en las partes donde iban la espalda y las nalgas, las reposaderas para los brazos eran solo tubos de hierro. En mi recuerdo estoy ahí sentada, quizás a los cuatro años, con un vestidito rojo, y hago un movimiento brusco que resulta en un golpe en el codo derecho contra el metal de la silla. Un corrientazo recorre mi columna. Pero más que el dolor, lo que me molesta es la falta de simetría. Una sensación de que algo no está bien palpita debajo de mi piel y no me queda otra opción que mover mi brazo izquierdo con fuerza para golpear el codo izquierdo contra el metal. El brazo derecho y el izquierdo sienten el mismo dolor. Simetría.

La cena en el restaurante fue idea e invitación mía, pero sabía que mis papás, quienes vienen a visitarme cada dos o tres meses, pagarían por todo. Ellos también lo sabían. Lo que no sabían era el motivo. En la mitad de nuestros platos fuertes, les dije con la boca llena de pasta que tenía algo importante por declarar. Les dije que, aunque les agradecía mucho todo lo que hacían por mí, había estado pensando y me parecía que, como ya me había graduado hacía seis meses de la universidad y ya tenía un trabajo medio estable escribiendo para revistas y de vez en cuando para agencias de publicidad, era hora de que empezara a sostenerme a mí misma y dejara de recibir la mesada que me consignaban puntualmente el primero de cada mes. Ellos se miraron el uno al otro, después me miraron con orgullo, me felicitaron por querer ser tan independiente y me dijeron que a partir del próximo mes podía empezar a pagar por mis propias cosas.

Tanto ellos como yo sabíamos que dentro de ese grupo de «mis propias cosas» estaban solo la ropa, las salidas a comer con mis amigas y el celular. Tanto ellos como yo sabíamos que los pagos de servicios como la luz, el agua, el gas, el internet, la televisión por cable y aseo del apartamento, apartamento que les pertenecía a ellos, los seguirían asumiendo ellos, y sabíamos que al menos una vez al mes, cuando me hubiera gastado toda la plata que me daban en el trabajo porque no tenía noción de ahorro, los llamaría desesperada y ellos me consignarían y no lo

llamaríamos mesada sino ayuda. Pero en el restaurante, después de mi declaración de independencia, los tres acordamos que esas cosas no tenían que ser dichas en voz alta.

Estoy en mi cama con una sonrisa causada no tanto porque crea que soy independiente, sino porque mi plan funcionó. Hace unas semanas vi el primer episodio de *Girls*, la serie de HBO, y ante mis ojos se desarrolló una escena terrorífica: los papás de Hannah, la protagonista, la invitaron a un restaurante y en medio de la cena le dijeron que ese sería el último mes en el que ella recibiría plata de ellos. Cuando terminé el episodio, tuve una misión nueva: no dejar que eso me pasara a mí. Urdí un plan sencillo: voltearía la situación y sería yo quien pediría dejar de recibir plata, antes de que fueran ellos quienes me la quitaran. Me acostaré victoriosa, entonces, porque mi plan tuvo éxito y porque fui más inteligente que Hannah Horvath.

* * *

Lena Dunham se dio a conocer en círculos artistoides gracias a *Tiny Furniture*, su película *indie* sobre una joven que se muda de nuevo a su casa después de graduarse de la universidad. Ganó el premio a película narrativa en el festival de cine South by Southwest de 2010 y, de paso, se ganó dos fanáticos que se volverían clave en su vida: la

entonces presidenta de entretenimiento de HBO, Sue Naegle, y el productor y director, Judd Apatow. Fueron ellos quienes sembraron la idea de hacer una serie con Dunham en HBO. En ese entonces, la prestigiosa cadena le apuntaba a una audiencia más *baby boomer* y pensaban que los televidentes que podían suscribirse querían ver series sobre sus experiencias. Los *millennials* que no tenían plata ni para pagar un arriendo, ¿cómo iban a pagar HBO? Entonces, ¿para qué hacer series sobre ellos?

Dunham tenía veintitres años cuando vendió *Girls* a HBO con una propuesta de una página y media que no incluía ni personajes ni trama. La propuesta, que es una especie de manifiesto *millennial*, empieza hablando de dos series ambientadas en Nueva York y protagonizadas por mujeres: *Sex and the City*, que mostraba a mujeres exitosas que tenían problemas de mujeres adultas, y *Gossip Girl*, que mostraba a chicas populares menores de edad que no tenían que preocuparse por ganarse la vida. «Pero entre la adolescencia y la adultez hay un terreno incómodo en el que las mujeres salen de las universidades a un mundo sin glamur ni estructura», continúa el texto, «el periodo de flujo resultante es doloroso e hilarante y muy humano.» Así, Dunham estableció la edad de las *girls* que protagonizarían *Girls* y continuó describiéndolas como «producto de la recesión, estas chicas están sobreeducadas y subempleadas, y están seguras de que son muy inteligentes para los puestos que tienen como asistentes, niñeras y meseras, aunque no necesariamente estén motivadas a probar su punto (ni siquiera están dispuestas a hacer sus trabajos lo suficientemente bien

como para avanzar) [...] Saben que quieren ser exitosas mucho antes de saber en qué quieren ser exitosas. Son las últimas hijas de los *baby boomers*, y la primera generación que tiene mamás que saben enviar mensajes de texto [...] Toman Ritalin desde los doce y pastillas anticonceptivas desde los quince (aunque hayan empezado a tener sexo en la universidad). Es igual de probable que se acuesten con su jefe cuarentón, a que besen como adolescentes a un veinteañero que conocieron en una fiesta en un *loft* [...] Son hermosas y exasperantes. Son conscientes de sí mismas y están obsesionadas consigo mismas. Son sus novias y sus hijas y sus hermanas y sus empleadas. Son mis amigas y nunca las he visto en televisión». En las palabras de la misma Dunham, esta es «la peor propuesta que puedas leer: pretenciosa y horrorosa», pero ella recuerda el momento en el que la escribió sentada en el piso en ropa interior mientras oía Tegan and Sara y pensaba: «Soy una genia».

Girls se estrenó en 2012 en HBO y fue un éxito instantáneo. La serie seguía las vidas de cuatro veinteañeras que vivían en Nueva York y que estaban tratando de descifrar quiénes eran después de la universidad, quiénes eran en sus vidas románticas y quiénes eran como personas. El elenco era el sueño de cualquier esnob: las cuatro chicas eran hijas de personas famosas en el mundo del arte, la literatura, la música y el entretenimiento. Jemima Kirke (hija de Simon Kirke, baterista de la banda de *rock* Bad Company, y Lorraine Dellal, dueña de la *boutique* que le prestaba vestuario a *Sex and the City*) interpretaba a la bohemia Jessa; Allison Williams (hija de Brian Williams, el legendario

presentador de *NBC Nightly News* y de la productora Jane Gillan Stoddard) era la tensa Marnie; Zosia Mamet (hija del dramaturgo, ensayista, guionista y director David Mamet y de la actriz Lindsay Crouse) aparecía como la peculiar Shoshanna, y la creadora de la serie, Lena Dunham (hija del pintor Carroll Dunham y de la fotógrafa Laurie Simmons), le dio vida y voz a Hannah Horvath.

Durante sesenta y dos episodios vimos las aventuras (como una fiesta en Bushwick que incluye consumo accidental de *crack*) y desventuras (como cuando Hannah se da cuenta de que Jessa y su ex están saliendo) de estas cuatro amigas que, a diferencia de las mujeres y chicas de las series referenciadas por Dunham en su manifiesto, no eran personajes aspiracionales. Quizás habrá quienes aspiremos a tener el pelo fantástico de Jessa o quienes quieran irse a Japón como Shoshanna, pero nadie quiere tener amistades tan problemáticas como las de Marnie, Shoshana, Jessa y Hannah. Si *Sex and the City* era una serie sobre sororidad y amor entre amigas, *Girls* es una deconstrucción de esa idea, una visión deprimente y realista sobre cómo no todos los grupitos serán amigas para siempre.

* * *

Enero 15 de 2014

Me gradué hace seis meses y me dieron un diploma de Literatura que me ha servido para

conseguir oportunidades sueltas en revistas que pagan poco por textos que escribo de afán.

Y para decir «estudié Literatura» con un aire de superioridad.

Ser una joven escritora independiente no es fácil; hay meses en los que escribo seis textos y alcanzo a hacerme la plata para pagar mis cosas, y hay meses en los que solo escribo una cosa. Pero al menos puedo decir que vivo de escribir, ¿no? Ramos, mi *fuck buddy*, con quien tengo una relación que se supone es estrictamente sexual, pero que realmente es una cosa que no sabría cómo definir, siempre me dice con una sonrisita y un tinte de orgullo que le parece muy chévere que yo viva de escribir: «Vas a ser una escritora famosa algún día». Yo me río, le pego con una almohada en la cabeza y le digo que no creo, porque para ser famosa hay que ser tan mediocre como Luz Alma, mi némesis que no sabe que es mi némesis. Pero de ella escribiré mañana porque ya me dio sueño.

Enero 16 de 2014

A Luz Alma la conocí en el primer semestre de la universidad; me preguntó un día si nos hacíamos juntas para un trabajo y desde eso nos hicimos, según ella, amigas y, según yo, compañeras de estudio. Lo

primero que le pregunté fue por su nombre y confirmé mis sospechas: su mamá era una *hippie* que no supo elegir entre las dos palabras. Después de ese primer trabajo que hicimos juntas, decidimos que era un arreglo que nos servía a las dos para futuras tareas en grupo porque las dos leíamos rápido y teníamos una forma muy similar de hacer mapas mentales en papel para organizar nuestras ideas. Esa similitud, sumada al hecho de que nos gustaban libros y películas similares, podrían hacerle pensar a cualquiera que debíamos convertirnos en mejores amigas. Pero había algo que no soportaba en Luz Alma y que imposibilitaba una amistad profunda: su inagotable optimismo. Con un tono de voz siempre calmado (creo que nunca la oí alzar el volumen, ni enojada ni emocionada), ella respondía a cualquier problema con palabras de aliento que insinuaban un orden astrológico en el que aquello que angustiaba a su interlocutora tendría sentido y una razón de ser. No la odiaba pero, ¿cómo iba a ser yo amiga de alguien así?

Ahora, cinco años y seis meses después de conocernos, Luz Alma sigue siendo la misma mujer calmada, espiritual y amorosa que fue durante la universidad, y ahora tengo que sumarle el hecho de que es una autora publicada... y, no solo eso, ¡una autora exitosa! En nuestro último semestre, no sé cómo hizo, pero consiguió un contacto en una editorial prestigiosa (cosa que lo hace peor porque si fuera una editorial independiente que imprime sus

libros en papel reciclado y que solo saca quince copias de cada libro no me quejaría) para publicar un libro de lo que ella llama «mandalas y autoconocimiento», o sea, de autoayuda. Sé que lo que digo puede sonar a envidia, pero no, es rabia.

Spoiler alert: Sí era envidia.

Me emputa y me llena de desesperanza que lo que venda en este país sean mediocridades como las que hace Luz Alma. Si yo quisiera, también podría coger unos papeles, hacer unos mamarrachos para que la gente coloree y luego escribir cualquier pendejada sobre cómo lo que lanzas al universo se devuelve en forma de fichas, o lo que sea. Si quisiera podría. Pero no quiero. Yo, a diferencia de Luz Alma, sí tengo algo interesante por decir y si eso significa que nunca tendré un libro que ya va en su cuarta edición como «Las cosas —y las personas— siempre encuentran su camino», el libro ridículamente titulado de Luz Alma, pues, bueno, nunca tendré ese tipo de éxito. Lo que sí tendré será respeto hacia mí misma.

Febrero 22 de 2015

Hace mucho no escribía en este diario. Debería llamarlo anuario. ¿Qué ha pasado desde la última

vez que escribí? He escrito varios artículos para revistas y periódicos, pero lo importante es que hoy me hicieron una propuesta importantísima, algo que podría significar que mi camino hacia ser una escritora real ha empezado. Resulta que me di cuenta de que desde hace no sé cuánto me sigue en Twitter nada más y nada menos que el director y creador de la revista literaria más importante del país. Lo seguí de vuelta y un par de horas después me envió un mensaje directo diciendo que le gustan mucho mis *tweets* («me gusta la voz que tienes en tus *tweets*», dijo) y me preguntó si me interesaría publicar algo en su revista («el tema y el formato lo dejo en tus manos, solo descréstame», dijo), a lo que yo respondí con un fresco «ah, claro, sería chévere», porque no quiero demostrarle mucho entusiasmo. Pero tengo que aceptar que sí estoy emocionada. Este será el texto que demostrará lo diferente y necesaria que es una voz como la mía en el panorama literario colombiano y, por contraste, evidenciará la superficialidad de ciertas autoras que se dedican a publicar libros que cualquiera podría escribir.

* * *

Hannah Horvath, la protagonista de *Girls*, les declaró a sus papás en el primer episodio: «No quiero asustarlos, pero creo que soy la voz de mi generación. O, al menos,

una voz de una generación». El problema es que muchas personas solo oyeron la primera mitad de esa frase y se convencieron de que la serie las iba a representar y que sería un estudio antropológico sobre la generación *millennial*. Entonces, cuando la protagonista de la serie resultó ser un retrato poco favorecedor sobre una joven privilegiada y obsesionada consigo misma, esas mismas espectadoras se confundieron. ¿Era esa la voz que queríamos que nos representara? Los intentos de respuesta a esa pregunta coincidieron con la explosión de los blogs y las *think pieces*; todo el mundo tenía algo que opinar sobre Hannah, sobre *Girls* y sobre su creadora.

La queja número uno en la blogósfera era que Hannah era un personaje detestable. Siempre que leía esa opinión me quedaba quieta unos segundos mirando la pantalla de mi computador sin saber cómo proceder. Decían «es detestable» como si fuera un error. Como si no fuera a propósito. Ehm, sí, es obvio que Hannah es detestable. Es una parodia de una blanquita privilegiada que no es capaz de entender las necesidades de nadie; una foto de este personaje debería aparecer al lado de la palabra *entitled* en un diccionario en inglés, para retratar lo que significa ser alguien que está convencida de que es merecedora de un trato especial simplemente por existir. Que un personaje no tenga conciencia de lo idiota que es no significa que la serie no lo sepa. Todo se resume a si creemos que Lena Dunham es capaz de hacer esa crítica conscientemente o no.

Hay mucho para criticarle a Dunham. Es una persona difícil de defender porque en el mundo real ha dicho

muchísimas idioteces (en serio, *googleen* «Lena Dunham apology» y tendrán material de lectura para un par de horas) y porque su visión del mundo tan de niña blanca con plata puede exasperar (después hablaremos de eso). Su personalidad real, o al menos lo que podemos identificar como la personalidad de una celebridad, a veces es tan parecida a la de la fastidiosa Hannah, que separarla de su personaje es difícil. Entonces, cuando leo cosas como que comparó los crímenes de Bill Cosby con el Holocausto, salto momentáneamente al lado que piensa «ugh, Lena Dunham». Pero luego recuerdo momentos de la serie como la temporada en la que Hannah se va a vivir a Iowa y su grupo de escritores le hace crítica al texto que escribió y le dicen que la protagonista de su historia es obviamente ella misma y que esa protagonista es detestable y que no es consciente de su privilegio y Hannah se emputa y no acepta que le digan que lo que escribió no es brillante. En momentos así, en los que veo una clara autoconciencia y autocrítica, vuelvo al lado que piensa «ugh, Lena Dunham es fastidiosa, pero qué bien escribió *Girls*».

Más que la crítica fácil sobre lo poco agradables que son la creadora y su personaje, me parece más interesante que nos preguntemos por qué nos desesperan tanto. ¿Por qué la mayoría de las quejas venían de los dedos de hombrecillos furiosos y asqueados que hablaban de lo insoportable que les parecía su voz y de lo inaceptable que les parecía su cuerpo? ¿Por qué el narcisismo y egoísmo de personajes como Larry David en *Curb Your Enthusiasm* (que sí se llama como su creador y que a todas luces es una versión

ficcionalizada y exagerada sobre sus peores defectos) nos parecen chistosos pero en Hannah nos emputan? Las respuestas a esas preguntas se hacen más claras cuando recordamos que el patriarcado es como la escarcha, pero mucho menos chévere: termina metido en todos los rincones, desde la política y el deporte hasta la literatura y la televisión.

Gran parte de la historia del cine y la televisión, por no hablar de la pintura que daría para un ensayo de cien mil páginas, ha consistido en hombres que retratan cuerpos femeninos, casi siempre delgados, blancos y jóvenes. Los cuerpos que no entran en esos estándares han sido históricamente ignorados, fetichizados o expuestos como burla. Por eso fue refrescante (y chocante para muchos) ver a Lena Dunham desnuda en televisión sin excusarse, sin quejarse por su cuerpo y sin matarse encima de una bicicleta estática al estilo de Bridget Jones. Dunham, que en una película gringa hecha para muchachitos calentones habría sido quizás la mejor amiga chistosa de la protagonista, se mostraba en la serie tal y como era y eso incomodaba a mucha gente. Las críticas a su desnudez llegaron tan rápido que durante la primera temporada era más fácil encontrar una publicación sobre el peso y el cuerpo de Dunham que una reseña sobre el último episodio. Había de todo, manes que decían que qué asco, viejas con gordofobia internalizada odiándola por atreverse a estar cómoda, y los que nunca faltan: los que se preocupaban «por su salud».

Que una mujer gorda con tetas chiquitas y una voz chillona fuera además egoísta, insensible, narcisista y

odiosa hizo que las cabezas de quienes venían acostumbrados a otro tipo de personajes femeninos explotaran. Casi una década después de su lanzamiento, tenemos muchas series protagonizadas por mujeres manipuladoras, abusivas o simplemente desesperantes, que prueban que una televisión feminista no implica que todos los personajes tengan que ser mujeres perfectas, chéveres y *cool*, que una televisión con perspectiva de género significa darle una oportunidad a creadoras diferentes que quieran darle espacio a las distintas formas de existir (y cagarla y volver a cagarla) siendo mujer. Estoy convencida de que la mayoría de ellas (las Fleabags, las Rebecca Bunches, las Issa Dees, las Piper Chapmans) no existirían, o al menos se habrían demorado más años en ver la luz, si Hannah Horvath no hubiera probado que era rentable económicamente darles protagonismo a mujeres como ella.

* * *

Marzo 3 de 2015

Anoche me encontré con Luz Alma en un bar. Desde que me vio a lo lejos se puso una mano en el corazón y cerró los ojos. Ugh. Me acerqué a su mesa con una sonrisa y ella se levantó con la gracia de una bailarina de ballet y me abrazó con sus bracitos delgados y su ropa vaporosa de muchas capas. En su mesa había dos personas más, a quienes me presentó

con la siguiente frase: «Esta almita hermosa que ven acá es la mejor escritora que conozco». Sí, ella se refiere a las demás personas como «almitas» y no sé si eso es ridículo o narcisista. Me imagino un mundo poblado de puras «almitas» gobernadas por ella, un Alma superior. Yo sonreí, negué con la cabeza, me tapé los ojos y dije «claro que no». Me invitó a sentarme en su mesa, pero le dije que no podía, que estaba buscando a unas amigas. Ella, comprensiva y serena como siempre, sonrió y dijo: «Qué rico pasar un rato con las amigas». Ugh. Pero mientras yo miraba por encima de su hombro e inspeccionaba de lado a lado el bar en busca de mi grupo, Luz Alma me preguntó cómo estaba todo y si estaba escribiendo algo. «Tengo muchas ganas de volver a leer algo tuyo, ¡soy muy fan!», anunció con su voz suave. Sonreí (¿por qué la hipocresía será tan fácil y la sinceridad tan incómoda?) y le respondí que, de hecho, sí, sí estoy escribiendo algo para nada más y nada menos que la revista literaria más importante del país. A cambio de la noticia, recibí un abrazo fuerte y un deseo que sonó a amenaza: «¿Te imaginas que te vaya tan bien con ese texto que termines publicando y hagamos giras por ferias del libro en distintos países juntas?». Sonreí de nuevo. Ugh.